

Número y belleza en la estética de Agustín

Resumen: Nos ocuparemos de una noción clave en el pensamiento estético de Agustín: la de número (*numerus*), dado que sobre la misma articula el concepto de belleza (*pulcritudum*). Nos proponemos, de su mano, indagar acerca de la naturaleza de lo bello y su relación con el goce que surge en el sujeto cognoscente. Esto será ocasión para analizar su metafísica platónica de cuño cristiano y valorar su estética de la proporción. Veremos cómo ésta se edifica sobre la primera, y ambas son atravesadas por una mirada religiosa. Por este camino, nuestro pensador descubre las huellas de lo Infinito en lo mudable y perecedero, sea en la naturaleza, en el arte o en el alma. La vía de la interioridad toma en Agustín tonos místicos, en una tensión que va de lo temporal a lo intemporal, donde el amor por la belleza sensible es el aguijón que impele a la búsqueda de Dios.

Palabras clave: Estética, belleza, número, proporción, Dios.

Abstract: We will deal with a key notion in the aesthetic thought of Augustine: that of number (*numerus*), since on it, he articulates the concept of beauty (*pulcritudum*). We intend, in his hands, to inquire about the nature of beauty and its relationship with the enjoyment which emerges in the cognoscent subject. This will be an occasion to analyze his Platonic metaphysics, of Christian origin, and to assess his aesthetic of proportion. We will see how the latter is built on the first, and how both are crossed by a religious look. By this way, our thinker discovers the traces of the Infinite in the mutable and perishable; whether in nature, in art or in the soul. The via of interiority takes, on Augustine, mystical tones, in a strain that goes from the temporal to the timeless, where the love for sensitive beauty is the sting that impels to the search for God.

Keywords: Aesthetic, Beauty, Number, Proportion, God.

1. El basamento metafísico

Agustín echa las bases de su estética en los *Diálogos* y, aunque continúa desarrollándola a lo largo de sus escritos, no la modifica en sus rasgos esenciales. Construye sus ideas sobre sus lecturas de Cicerón, enriquecidas con su conocimiento del platonismo. Paralelamente, su fuente de inspiración son los escritos bíblicos, en particular, la tradición sapiencial. Nos ocuparemos en este trabajo de una noción clave: la de número (*numerus*), sobre la cual articula su concepto de lo bello (*pulchrum*). En su pensamiento la estética bíblica (*mensura-numerus-pondus*), enlaza con la estética platónica (*modus-species-ordo*). El modo es el límite que acomoda cada ser en su unidad y forma; la especie es la forma que, imitando la suprema hermosura, se hace

idea encarnada en lo sensible; y el orden es el *conatus* o *pondus* inscripto ontológicamente en cada ser y que lo inclina a buscar el lugar que le es propio.

Pero, ¿qué hace que algo sea bello? Su respuesta es que lo bello surge de la *armonía*. Entiende la belleza como algo objetivo, lo que es herencia de los antiguos filósofos; en efecto, el joven retórico piensa que hay una base metafísica que excede los límites del sujeto y que da lugar al goce que resulta de contemplar lo bello. En otras palabras: algo gusta porque es hermoso y no a la inversa¹. La metafísica platónica resuena en Agustín; el número es unidad y proporción que se traduce en belleza y que resplandece allí donde las partes constituyen un todo conveniente produciendo la consecuente armonía (*congruentia*).

“Contempla el cielo, la tierra y el mar, y todo cuanto hay en ellos, y los astros que brillan en el firmamento, los animales que se arrastran por la tierra, las aves que vuelan por el aire y los peces que nadan por el mar, y verás que todos tienen su belleza, porque tienen sus números. Quítales éstos, y todo queda reducido a la nada. ¿Dónde, pues, han de tener su origen, sino donde lo tiene el número, siendo así que en tanto tienen ser en cuanto tienen sus números? Hasta los mismos artífices de bellezas corpóreas en sus propias artes tienen sus números, conforme a los cuales ejecutan sus obras...”².

No podemos amar sino lo bello. Es la belleza de la forma que brilla en la materia la que termina atrayendo la mirada y lleva al alma –que es ella misma inteligencia y amor– a la red cautivante de lo inteligible que yace en lo sensible. El hombre, ser finito, descubre las huellas de lo Infinito; primero en la belleza mudable que pasa y muere, luego en el alma. Los seres en su constante nacer, mutar y perecer, imitan la belleza que está fuera de todo tiempo y espacio.

Agustín encuentra que la razón está en la base de la sensibilidad, que el alma se ve impelida a buscar lo hecho razonablemente y se goza en ello. Así, lo percibido por los ojos y oídos placen en tanto están hechos armónicamente.

“En lo tocante a los ojos, la congruencia razonable de las partes se llama belleza, y en lo relativo a los oídos, un concierto agradable o

¹ Cf. S. AGUSTÍN, *De vera religione*, 32, 59, en *Obras de san Agustín*, t. IV, texto bilingüe, Madrid, BAC, 1948.

² S. AGUSTÍN, *De libero arbitrio*, II, XVI, 42, en *Obras de san Agustín*, t. III, texto bilingüe, Madrid, BAC, 1947, p. 381.

un canto compuesto con debida armonía recibe el nombre propio de suavidad [...]. Para decir que la razón participa del placer de estos sentidos se requiere que haya cierta proporción y armonía”³.

Igualdad y semejanza dan lugar a la armonía y de esto surge la complacencia que lo bello genera, revelando una adecuación entre sujeto y objeto. Hay un eje relacionante entre sentido y percepción, entre razonabilidad y placer, en el que se articulan materia y forma, luz y color, y cuyo conocimiento capacita al alma para descubrir la belleza que reside en toda criatura.

La razón, inventora del arte (*ars*), es capaz de producir belleza y teorizar sobre ella; he aquí el origen de las diversas disciplinas. Ella ordena todo según medida, descubre los números en las producciones humanas y la belleza que está imperfectamente realizada en las criaturas, las cuales en su dinamismo buscan la unidad.

“De aquí pasó a los dominios de los ojos y recorriendo cielos y tierra, advirtió que nada le placía sino la hermosura, y en la hermosura las figuras, y en las figuras las dimensiones, y en las dimensiones los números”⁴.

En su estética, el número asume rasgos cualitativos, no sólo cuantitativos (matemáticos). Cuando es aplicado al plano musical toma el nombre de ritmo, significando lo que fluye según medida. Agustín logra transpolarlo a todas las dimensiones de la creación: de lo inerte a lo vivo y del animal irracional al hombre. Particularmente, cuando desarrolla una psicología de la percepción estética, llega a distinguir seis tipos de números o ritmos: el del objeto percibido, el de los órganos de percepción, el de los movimientos corporales, el de la sensación, el del recuerdo y, por último, el número judicial, que hace al juicio de la mente⁵. El número se hace ritmo en la música, involucrando al oído, y se hace ritmo en los cuerpos a través de la danza, involucrando al alma misma que despliega las medidas y proporciones a través de los movimientos del cuerpo. Hay un ritmo interno, el del alma; y un ritmo externo, el de los objetos materiales y de la naturaleza toda. Tam-

³ S. AGUSTÍN, *De ordine*, II, 11,33, en *Obras de san Agustín*, t. I, texto bilingüe, Madrid, BAC, 1969, pp. 667-668.

⁴ S. AGUSTÍN, *De ordine*, II, 15,42, en *Obras de san Agustín*, t. I, p. 677.

⁵ Cf. S. AGUSTÍN, *Sobre la música*, VI, 2, Madrid, Gredos, 2007.

bién los seres carentes de razón están hechos según números y los animales son capaces de obrar produciendo belleza, y en esto siguen los números, pero se trata, de suyo, de un hacer instintivo, espontáneo.

La experiencia estética es analizada por el santo desde su psicología de la sensación asociada a su teoría de la iluminación. Primeramente, están las impresiones que llegan de los sentidos y provienen de los colores y sonidos de los cuerpos; luego, ya en el ámbito propio de la mente, surge la representación y la memoria, y es en ésta donde tiene lugar el juicio estético, el cual es de orden intelectual. Pero no son los sentidos los jueces de la experiencia estética, sino la razón, y no es el cuerpo la sede de la sensación, sino el alma. El alma tiene un rol activo en la percepción; es ella la que siente y hace posible el conocimiento sensible, puesto que es superior al cuerpo en tanto lo vivifica y rige. Ahora bien, lo igual y lo distinto, el orden y el desorden, lo conveniente y disconveniente, pertenecen al plano inteligible y, al estar fuera del alcance de los sentidos, sólo es dable percibirlos con los ojos de la inteligencia.

El camino interior que descubre la belleza en el alma es derrotero de edificación espiritual. Si la razón y el número están en la base de toda belleza es porque constituyen el principio ordenador de todo. Más aún, el alma es forma y unidad, ella misma es número, es decir, *ratio*. Este paralelismo da lugar a suponer una semejanza o correspondencia entre quien conoce y el objeto conocido; lo que posibilita que el hombre se constituya en sujeto estético, capaz de percibir y juzgar la belleza del mundo exterior.

2. Estética y mística

El número es orden en el ámbito de las artes y basamento metafísico unificador en el ámbito de la naturaleza; es la unidad que mantiene las cosas en su ser y esencia. Agustín colige que son eternos, porque están presentes siempre y de un mismo modo al espíritu humano, a diferencia de los números realizados en los cuerpos, los cuales, corriendo por el espacio y el tiempo, fenecen. Estamos ante una noción análoga, descubierta por el alma en sí misma (microcosmos) y en el mundo (macrocosmos). Esto la lleva a deducir la armonía y esplendor de la Sabiduría divina, fuente excelsa de los números creados⁶.

El Hiponense valoró la belleza de los cuerpos, pero por encima de éstos puso la belleza del alma en clave de armonía. El camino interior, que descubre

⁶ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica*, 2: Estilos Eclesiásticos, Madrid, Encuentro, 1986.

la belleza y busca cultivarla, significa un derrotero de estudio y edificación espiritual. La razón está en la base de toda belleza y es principio que ordena el alma. La belleza interior es *modestia*, medida trasladada al decir y al obrar; por lo que el decoro (*decorum*) del alma es equilibrio, conveniencia y virtud⁷. Es la temperancia que surge allí donde no hay exceso ni defecto, medida que salva de la desmesura y sitúa en la vía de la *sapientia*. Pero Agustín va más allá del ideal de perfección de los paganos –el ideal estoico– al no centrarlo en la sola práctica de las virtudes y el esfuerzo de la voluntad, sino en la acción sobrenatural de la gracia que vuelve sabia el alma y hace posible que su dilección se dirija al Creador.

Toda la belleza de las criaturas se halla transida por el tiempo y es imperfecta y fugaz; reflejo de la belleza increada, eterna, inmutable y perfecta. El ideal agustiniano ha sido siempre, más allá de los matices, huir de lo aparente y ficticio a los brazos de la verdad y el ser. El amor por la belleza (*philocalia*) tiene sobre sí el amor por la sabiduría (*filosofia*), que libera de la seducción de las cosas⁸. Hay en esto ecos platónicos y también ciceronianos, a lo que debe agregarse la mirada paulina y ciertos pasajes bíblicos como aquel que reza: “Engañosa es la gracia y vana la hermosura” (*Prov* 31, 30)⁹.

Agustín, receloso en su ideal ascético, aparece siempre preocupado en advertir que la belleza del mundo no debe cautivar el alma y ser impedimento para que ésta se ponga en camino hacia la verdadera Belleza. Lo que en los pensadores paganos –como Platón y Plotino– aparece con otros relieves; en él toma un cariz singular al ser leído y delineado a la luz de la fe cristiana y bajo inspiración de los textos sagrados.

En su pluma, la estética se vuelve teología y la metafísica mística. En este camino es dable notar una devaluación de los sentidos: el alma está entre el cuerpo y el espíritu; la imaginación entre el sentido corporal y la razón. Las imágenes, fruto de la imaginación, son asimiladas a mentira o falsedad, en tanto son apariencia y no verdadero ser. Al respecto hay una actitud defensiva respecto a los peligros que encierra la fantasía. Hans Urs von Balthasar sostiene que esta herencia platónica no se justifica desde el punto de vista cristiano de la encarnación y termina resolviéndose escatológicamente,

⁷ Cf. E. DE BRUYNE, *La estética de la Edad Media*, Madrid, Visión Distribuidores, S.A., cap. 1, 1994.

⁸ Cf. S. AGUSTÍN, *Contra académicos*, II, 7, en *Obras de san Agustín*, t. I, texto bilingüe, Madrid, BAC, 1989.

⁹ K. SVOBODA, *La estética de San Agustín y sus fuentes. Música, número y orden*, Buenos Aires, La Hoja de la Sábila, 1985, p. 32.

vía resurrección. En este punto señala la presencia de un “eros monista ascendente”, inspirado en la revelación, que equilibra el dualismo platónico mundo-Dios y espíritu-sensibilidad¹⁰. Agustín –como los pensadores platónicos– considera que el mundo de las imágenes carece de verdad, y aunque busca rescatar las impresiones sensibles en tanto reflejan el mundo material –que es intrínsecamente bueno–, la fantasía y el arte –que son su correlato– siguen siendo engaño e ilusión. Es una constante de su pensamiento advertir sobre el peligro que encierran los placeres mundanos, y en este punto no escapa la representación teatral estimada como artificiosa y poco edificante. Esta actitud se acentúa con el correr de los años, prevaleciendo en el Agustín maduro, entregado de lleno a la vida religiosa y la labor eclesiástica¹¹.

El Hiponense asume genialmente los principios estéticos de los antiguos, los repiensa y elabora dejándolos como herencia a la posteridad¹². En tal sentido, representa el gran punto de anclaje de las corrientes filosóficas antiguas y el cimiento del pensamiento medieval. Su estética conserva el sello espiritualizante de la tradición patrística que le precede, la cual alcanza con él la cima. La tensión hacia Dios, vivificada por su mística cristiana, logra equilibrar en cierto grado el influjo de las ideas platónicas, plotinianas y el dualismo antropológico que conllevan, dando lugar a la estética mejor lograda del mundo antiguo.

El camino agustiniano de la interioridad, asume tonos místicos en una tensión que va de lo temporal a lo intemporal, donde el amor por la belleza sensible es el aguijón que impele al alma enamorada a buscar la fuente de toda belleza, aunque quede derrotada en su intento de alcanzarla y, por ende, siempre inquieta¹³.

Alfredo MALUF

Recibido: 19/11/2015 - Aceptado: 15/01/2016

¹⁰ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria*, 2: Estilos Eclesiásticos, p. 125.

¹¹ De todas las artes, la música es estimada por nuestro pensador como la más espiritual, a ella dedica todo el tratado *Sobre la música*; sin embargo, cuando se trata de su uso litúrgico, se muestra receloso, en tanto puede apartar del verdadero objetivo del culto.

¹² Cf. W. TATARKIEWICZ, *Historia de la estética*, t. II: La estética medieval, Akal, 1989.

¹³ Su estética de lo bello, traspasada por su piedad, anticipa al gran místico español San Juan de la Cruz, cuya alma enamorada experimenta la belleza como herida.